

Fake history...
El relato histórico en tiempos de la postverdad

Manuel González de Molina
Universidad Pablo de Olavide

Los participantes en la cuarta mesa redonda organizada en homenaje a Carlos Forcadell estábamos llamados a responder a una cuestión relevante que apenas tiene espacio hoy en las preocupaciones de los profesionales de la historia, especialmente en la Universidad: «¿Dónde ha quedado la ambición explicativa de la historia? De los grandes relatos a la fragmentación postmoderna». La pregunta da a entender que existe una crisis de los grandes relatos y que el discurso histórico es víctima de la fragmentación postmoderna. Pero, quizá sea más correcto decir que los grandes relatos o metarrelatos no están en crisis, lo que está en crisis es la historiografía y los historiadores, muchos de los cuales han caído en la fragmentación, en el interés por narrativas sectoriales, algunas de ellas claramente irrelevantes si se enfocan desde la perspectiva de su utilidad social.

Se siguen construyendo grandes relatos que satisfacen una demanda social que no ha cambiado ni es previsible que lo haga. Siguen sirviendo para conformar las identidades y para explicar el presente o, al menos, hacerlo más o menos comprensible, dotando de sentido la existencia humana. Lo que ha cambiado es el sujeto que los produce. Los historiadores profesionales han perdido el monopolio en su construcción. Los que tienen más capacidad comunicativa y de socialización son construidos por otros agentes sociales, especialmente por los medios de comunicación y por la industria audiovisual. El cambio cultural, que ha saltado del libro, de la palabra escrita a la imagen, a la narración gráfica, apenas ha comenzado a producirse en el ámbito académico. Los historiadores raramente participamos en la producción de películas, series o documentales, y cuando lo hacemos ocupamos un papel subsidiario de los guionistas.

En ese contexto, la distancia entre los relatos, que de manera tradicional elaboramos los historiadores, y los construidos por los medios de comunicación se hace cada vez mayor. De hecho la producción de identidades ha sustituido a la producción de conocimientos, de tal manera que no importa tanto el rigor científico como la eficacia comunicativa. Un ejemplo de lo que sucede en Andalucía puede ilustrar este desfase. Los libros de texto que se manejan en colegios e institutos, los documentales que usualmente exhibe Canal Sur, las películas sobre el campo andaluz, las noticias que sobre el «extinto» movimiento jornalero aparecen en la prensa escrita y en los informativos tanto autonómicos como nacionales e incluso internacionales, abundan en una imagen tópica del mundo rural andaluz que hunde sus raíces en el atraso económico agrario, en los mitos del subdesarrollo, de la protesta jornalera a menudo violenta,

del caciquismo, etc. Una imagen mítica, elaborada durante los sesenta y setenta que la historiografía de las décadas posteriores se ocupó de desmontar pieza por pieza, pero que sin embargo sigue predominando como la imagen estereotipada de Andalucía. Esta imagen tiene mayor potencia comunicativa ciertamente y, además, es funcional al discurso «modernizador» de las instituciones autonómicas andaluzas o al discurso «regenerador» o «liberador» de una parte de la izquierda. Es desalentador constatar lo poco que han calado en el imaginario popular los nuevos relatos, más complejos y más normalizados, de la historia del siglo XX andaluz, elaborados por una pujante historiografía que ha volcado todo quehacer en gran cantidad de libros y artículos de revista, normalmente fuera del alcance de la inmensa mayoría de los ciudadanos.

La crisis de los metarrelatos

En consecuencia, lo que está en crisis no es el metarrelato mismo o su función, sino los metarrelatos o el hábito de elaborarlos dentro de la profesión de los historiadores y la pérdida de repercusión social de los que fabrican. ¿Pero, a qué se debe esta crisis de un quehacer cuya esencia es precisamente la construcción de narrativas sobre el pasado? Ciertamente, los metarrelatos que han dominado el panorama historiográfico del siglo XX han entrado en crisis. La historiografía viene sufriendo una aguda crisis de identidad motivada tanto por la obsolescencia de los supuestos epistemológicos, axiológicos y de las propias metateorías en las que ha basado su quehacer, como por el cambio en la función social del discurso histórico y del sujeto que lo elabora. Es una crisis sistémica que refleja estos tiempos de crisis civilizatoria y de mudanza histórica. Las grandes certezas de la modernidad y los relatos construidos durante décadas para legitimarlas han dado paso a las incertidumbres del presente y del futuro más inmediato, dejando los relatos sobre el pasado sin la necesaria conexión con el presente.

Por otro lado, el «triunfo del capitalismo» (el «fin de la historia», aunque Fukuyama acaba de postponerla, argumentando que *the desire of identity groups for recognition is a key threat to liberalism*) ha acelerado la crisis de las narrativas características del siglo XX. Se acabó el mundo bipolar y la confrontación entre las dos grandes ideologías totalizadoras que proporcionaban los dos metarrelatos más difundidos (marxismo y liberalismo o funcionalismo). En ese sentido, Fukuyama tenía razón porque tras la caída del muro triunfó la economía de mercado y la llamada democracia liberal, esto es el capitalismo en su versión ultraliberal. La fragmentación postmoderna que impregna la historiografía actual refleja, efectivamente, el triunfo de uno de los metarrelatos. Aunque para ser más riguroso, podemos buscar explicaciones en la propia crisis de las sociedades industriales. Estas se caracterizan por la fragmentación social, de intereses e ideologías y de cosmovisiones. Es extremadamente difícil construir un metarrelato sobre la fragmentación social, la contraposición de intereses y de identidades.

En efecto, los grandes relatos que han predominado hasta finales del siglo XX han perdido el referente que les daba sentido. La crisis del Estado-nación como forma de organización política hegemónica en el mundo ha facilitado el cuestionamiento de las historias nacionales (estatales) y ha facilitado la aparición de relatos identitarios tanto en términos de clase, raza, religión, género como de territorios en su interior. La crisis de la civilización industrial (predominio de la industria) ha provocado la crisis de los relatos que consagraban la industria como el principal medio de procurar el desarrollo económico y el bienestar de las naciones; su estudio era el principal objeto de la Historia Económica. La aparición de otras fuentes de valor añadido incluso más potentes y la diversificación y desmaterialización de las economías más avanzadas han dejado obsoleta la narrativa tradicional que buscaba describir el proceso de industrializa-

ción seguido por cada país, las vías y ritmos de su progreso y consideraba este como un proceso positivo e indispensable para la modernización económica e incluso social y política de un país. La crisis ambiental y la consciencia de los límites del crecimiento han dado el golpe de gracia a este relato tan extendido. Algo parecido podría decirse de la crisis en la que está sumida la Historia Social, crisis que es incluso identitaria, debido a la fragmentación de clases y a la aparición de nuevos movimientos sociales, fenómenos característicos de las sociedades postindustriales. La Historia Social ya no está centrada en el estudio de las luchas de la clase obrera o de las luchas del campesinado por la mejora de sus condiciones de vida o por la tierra. Nuevas categorías sociales han emergido y nuevas formas de entender la protesta se han impuesto en un panorama donde la toma de conciencia y la emancipación social no son ya el hilo conductor del relato. El metarelato que buscaba los caminos de la modernización política y de la implantación de las democracias representativas propias de Occidente por todo el mundo también ha hecho crisis en la Historia Política. El propio concepto de democracia ha sido puesto en cuestión, proponiendo definiciones más sustantivas cuyos orígenes no son necesariamente modernos ni occidentales. La narración del largo camino de la modernidad democrática ha saltado por los aires, sustituido por relatos más complejos y menos teleológicos que ponen en el centro los procesos de democratización, más que la democracia formal.

La crisis de identidad de la historiografía

Pero la crisis de los grandes relatos es también reflejo de la propia crisis del quehacer historiográfico. La historiografía sufre, como las demás ciencias, una crisis epistemológica que afecta de lleno a los contenidos del relato que se elabora. El paradigma de la complejidad, esto es el propio avance de la ciencia, ha puesto en solfa las pretensiones objetivistas y totalizantes de los paradigmas tradicionales, de los que fluían las narrativas. Ha puesto en cuestión la propia pretensión de un relato general en el espacio y en el tiempo, con capacidad explicativa global. Los relatos son ahora provisionales, limitados en sus pretensiones explicativas y ajustados a las peculiaridades territoriales y culturales. La historiografía sufre también una crisis metodológica o instrumental, que afecta a las maneras que en se difunde el discurso y se socializan las narrativas: la palabra escrita ha sido derrotada por la imagen, la narración completa por el *story board*). Es más, la utilidad de los relatos, del discurso histórico, está sometida también a un severo cuestionamiento: ¿Para qué sirven los relatos que elaboramos? ¿Están conectados con el presente? Si el discurso histórico debe desempeñar alguna función social, ¿cuál debería ser esta? La función eminentemente identitaria que desempeñó en el pasado, muy vinculado a la producción de las identidades nacionales y al Estado-nación, ha mutado de objetivo. Otras identidades han demandado nuevas narrativas incluso contrapuestas que generan un terreno inédito de enfrentamiento por la hegemonía del relato entre movimientos nacionalistas opuestos. Todo ello contrasta, como se argumentaba al principio, con el discurso historiográfico canónico que aún sostiene y difunde una narrativa que responde a una época ya pasada. Quizá por ello, por el propio cambio de época y por la escasa capacidad adaptativa de la comunidad de historiadores a los cambios en curso, el historiador ha perdido el monopolio de producir relatos e incluso ha perdido la autoridad social para producirlos, convirtiéndose en uno más. Ello en beneficio de los *media* y de los historiadores no profesionales que nunca tuvieron más audiencia.

Esta crisis de identidad de la profesión se agrava con la falta de relevo generacional en las universidades y la conformación de una carrera académica donde el *paper* en una revista JCR es el objetivo prioritario. El debate historiográfico ha prácticamente desaparecido y ello no facilita

la discusión necesaria para la construcción de nuevos metarrelatos y nuevos lenguajes de difusión más gráficos o visuales y masivos. Un ejemplo paradigmático es el hecho de que el debate historiográfico ha estado ausente, salvo alguna excepción, en los últimos congresos de la Asociación de Historia Contemporánea. El formato de paneles o talleres, excesivamente especializados, ha convertido a los congresos en una especie de «feria» donde se exhiben relatos muy específicos y, por tanto, fragmentados que son vistos y «comprados» por algunos colegas en el mejor de los casos, y que en realidad cumplen una función meramente curricular.

Finalmente, la crisis de los metarrelatos y la crisis de la historiografía son también causa y consecuencia de la escisión entre historia y memoria. Historia y memoria colectiva fueron y son la misma cosa en las culturas orales, e incluso en las culturas escritas hasta que el siglo XIX se impuso la necesidad de fundamentar la identidad nacional y el discurso histórico se orientó fundamentalmente a ese fin. Pese a ello, historia y memoria colectiva han caminado juntas durante la mayor parte de modernidad. Siguieron juntas durante la postguerra. Incluso la historia alimentó la memoria segmentada en grandes grupos sociales y en grandes relatos. Para el marxismo, incluso, no hubo distinción entre memoria e historia: la historia científica era el relato que facilitaba la toma de conciencia. La memoria de clase era la historia del capitalismo y de la explotación de la clase obrera. De hecho, esta concepción que otorgaba al relato histórico una doble función animó el quehacer de mi generación. Esa idea motivó, por ejemplo, mi dedicación profesional a la historia y guió la elección de los temas de investigación.

En suma, la historia –concebida como un quehacer científico, dotado de prestigio y cierta posición social– proporcionaba a la memoria colectiva el discurso y las narrativas necesarias. La historia y los historiadores desempeñaban una indudable función social. Su utilidad era evidente: los metarrelatos explicaban el mundo ya fuera desde la perspectiva de clase o desde la perspectiva nacional o incluso internacional. Pero en los últimos tiempos, memoria e historia se han escindido, han tomado un camino divergente e incluso opuesto. ¿Cuáles son las causas de tal escisión? La memoria es suficientemente importante como para dejarla en manos de los historiadores... Por ello, la gestión de la memoria la tienen hoy principalmente los medios de comunicación en sentido amplio. Medios que privatizados y cada vez más concentrados sirven a los intereses de las grandes corporaciones. Es evidente que en las últimas décadas venimos asistiendo a un proceso de fuerte privatización y oligarquización de la memoria. Los medios promocionan incluso relatos falsos o intencionados y pretenden crear postverdades históricas, metarrelatos que sirven a sus intereses.

Podríamos hablar incluso de *fake history*, que podríamos definir –parafraseando la descripción que se hace de las *fake news* en Wikipedia– como relatos malintencionados e incluso abiertamente falsos, de naturaleza pseudohistoriográfica, difundidos a través de portales de noticias, prensa escrita, radio, televisión y redes sociales cuyo objetivo es la desinformación deliberada o el engaño. Se emiten con la intención de inducir a error, manipular decisiones personales, desprestigiar o enaltecer a una institución, entidad o persona u obtener ganancias económicas o rédito político. Tienen relación con la propaganda y la postverdad... En esta categoría debería incluirse buena parte de la ola de revisionismo que asalta nuestra historiografía (v.gr.: fraude de las elecciones republicanas; guerra civil y represión, etc.). Cada día son más frecuentes las declaraciones como la de Ortega Smith, destacado dirigente de Vox, el partido neofranquista de la extrema derecha, planteando que durante la Guerra Civil hubo crímenes de ambos bandos y que las mujeres conocidas como las *13 Rosas* «torturaban, asesinaban y violaban vilmente» en las checas de Madrid, por lo que, a su juicio, todos los españoles perdieron durante la guerra (*El País*, 4 de octubre de 2019). Es un ejemplo paradigmático de *fake history*, dado que no importa que el relato sea falso, lo importante es sostener una interpretación del pasa-



Con Manuel González Molina –primero por la dcha., de pie–, Alberto Sabio, Anacleto Pons, Pere Anguera, personas sin identificar, Ne.ío Martí, Carmelo Romero, Carmen Frías y Justo Serna; en primer término: Miguel Ángel Ruiz, Ignacio Peiró, Julián Casanova y Pedro Rújula. II Congreso de Historia Local de Aragón, Huesca, 1999 .

do que conviene a su causa política; un relato donde el afán de verdad o de fidelidad a los hechos sucumbe ante la propaganda y la intencionalidad política.

Podría interpretarse, entonces, que la fragmentación del relato es una consecuencia lógica de la crisis historiográfica y que en adelante deberíamos acostumbrarnos a dejarla en manos de los medios de comunicación y de las grandes corporaciones que controlan su construcción, llevados por una especie de fatalismo historiográfico. Pero también podríamos pensar que merece la pena la disputa por el relato y que hay que rescatar esta función básica para restituirla de nuevo a los historiadores y a su práctica científica. Nos jugamos mucho en esta pelea como para darnos por vencidos. Podría argumentarse que, en realidad, estamos en transición hacia el predominio de nuevos metarrelatos, más contemporáneos, que están aún en construcción y que deben proporcionar explicaciones convincentes y soluciones eficaces ante los retos que tiene planteada la humanidad en estos momentos cruciales del siglo XXI. Entre ellos al más acuciante, la crisis climática y con ella a la crisis ecológica.

La Historia Ambiental y la producción de metarrelatos alternativos

Pero para ello son necesarias nuevas teorías, nuevos métodos, otras axiologías y nuevos soportes que ayuden a conectar de nuevo historia y memoria. Ya no basta con ofrecer legitimidades sociales a un Estado-nación en crisis y no resulta conveniente seguir exaltando el poder modernizador del crecimiento económico, máxime cuando la ecuación crecimiento económico = creación de empleo = redistribución de la riqueza = bienestar material ha quedado definitivamente rota. Se trata de producir un conocimiento de calidad, esto es, un conocimiento definido por la utilidad social, tal y como mantienen Funtowicz y Ravets, refiriéndose a la actividad

científica en general. Es legítima la pretensión intelectual de conocer otras culturas que existieron en el pasado e incluso de aprender de su experiencia, pero con ello haríamos solo historia del pasado, útil sobre todo para académicos, eruditos y curiosos. La crisis ambiental exige soluciones, historiar el presente. Porque la esencia del conocimiento histórico no puede ser la narración de todo lo sucedido en el pasado, sino la provisión de una adecuada genealogía del presente, buscando las explicaciones y las experiencias que den sentido a la realidad, que permitan entenderla y que hagan posible pensar el futuro con la mínima entropía física y social. En ese sentido, el discurso histórico, en tanto que conocimiento útil, debe ponerse al servicio del objetivo que parece hoy más realista desde el punto de vista de la humanidad –no de un país o de una clase social–, la reversión de la crisis ambiental y de las demás manifestaciones de la crisis civilizatoria.

Es ya un lugar común entre los científicos el convencimiento de la finitud de los recursos naturales, de la fragilidad de las bases que hacen posible la vida humana en el planeta. Comienza a estar en la agenda de la mayoría de los políticos sensatos la necesidad de un desarrollo que sea sostenible, es decir, que no comprometa las bases ecológicas que hacen posible la misma producción, asegurando su mantenimiento en el tiempo y su disfrute por las generaciones futuras. Este viraje ambiental ha «contaminado» a las propias ciencias sociales en las que se ha producido un cambio de enfoque fundamental: la incorporación de la naturaleza a la sociedad y, en consecuencia, la aparición del concepto de sustentabilidad como un criterio central del análisis de la acción humana. Es necesario, pues, un *giro ambiental* de la historia o para ser más preciso, de la historiografía. Un giro que permita volver a considerar la naturaleza dentro de la sociedad, de donde fue expulsada por el iluminismo racionalista y su concreción antropocéntrica, el optimismo tecnológico. Un giro que parta de un principio fundamental, que las sociedades humanas, cualesquiera sean sus condiciones o niveles de complejidad, no existen en un vacío físico sino que afectan y son afectadas por los fenómenos y las leyes de la naturaleza. Una relación coevolutiva que es el fundamento epistemológico de la Historia Ambiental.

Una historia que no pretende satisfacer una demanda pasajera, una moda efímera, protagonizada esta vez por el medio ambiente. Surge de la necesidad de remediar un olvido histórico que ha atravesado el pensamiento moderno y ha supuesto la separación artificial del hombre de la naturaleza. Las evidencias de la crisis ambiental que sufre el planeta nos han hecho conscientes. La Historia Ambiental aspira a entender, pues, la acción humana en su contexto natural. La Historia Ambiental se ocupa esencialmente de la base material de las relaciones sociales, no pretende por tanto explicarlo todo desde el punto de vista ecológico. Las relaciones sociales están presididas por la complejidad y no pueden ser reducidas a análisis físico-biológicos. Esta consideración de la Historia Ambiental como proveedora de un conocimiento necesario, pero parcial, supone también admitir su carácter provisional, ya que solo aspira a «ecologizar» el discurso histórico general, preparando el camino para su propia desaparición como disciplina separada. Lo que aporta al discurso historiográfico es la preocupación por la sustentabilidad, en coherencia con su vocación consecuentemente materialista y con la condición material de toda relación social. Ello no quiere decir que se ocupe solamente del mundo físico y biológico y de las limitaciones que establece sobre la acción humana. El propio concepto de sustentabilidad, tal y como es manejado en buena parte de la literatura ambiental ayuda a comprender la mutua determinación entre sociedad y naturaleza en la que este tipo de historia se sitúa. La Historia Ambiental puede ser definida como el estudio histórico de la evolución y del cambio de las sociedades humanas, en el que los procesos naturales y sociales son considerados como «agentes activos» en permanente y mutua determinación. El conocimiento que provee es fundamentalmente interdisciplinario y, por tanto, constituye una «ciencia de

integración de las partes». Parte de un principio básico que define de una manera específica la relación entre naturaleza y sociedad: la consideración del sistema social como una parte más de los sistemas naturales.

Al comienzo de este texto aludíamos al desfase entre la mayoría de los discursos sobre el pasado, cuya función se torna legitimadora de un presente ya insostenible, y un presente marcado por la crisis de la modernidad y de la civilización industrial. La Historia Ambiental está contribuyendo a redefinir no solo los contenidos del discurso histórico, sino también la función social de los historiadores y de la historia a partir de su vínculo con la realidad, en este caso física. La historia como disciplina puede servir para algo más que para rescatar el patrimonio histórico o elaborar el propio discurso para consumo de la colectividad, puede tener también una dimensión práctica gracias a la Historia Ambiental. Se trata de recuperar –como ocurre en las culturas tradicionales de base oral– el carácter de *conocimiento aplicado*, de herramienta útil para la resolución de los problemas concretos que aquejan a la sociedad de hoy. Por primera vez en su historia, los seres humanos se enfrentan a una situación crítica como especie, al modificarse los patrones ambientales que han hecho posible la vida. Parece probado que la mayoría de esas modificaciones son producto de las propias formas de organizar, pensar y manejar la naturaleza que el hombre ha implementado a partir, sobre todo, de la hegemonía de los valores de la civilización industrial. Esta certeza, que está en la mente de un número mayor de individuos, hace que la ciencia se enfrente al reto de aportar soluciones urgentes e inmediatas a la crisis civilizatoria y a sus principales manifestaciones (crisis ecológica, pobreza, desigualdad social, etc.). La Ecología se está convirtiendo en un «saber de salvamento» ante la gravedad e irreversibilidad de los daños ambientales. En este sentido, el conocimiento histórico, que no es sino un saber especializado que pone su acento en la dimensión tiempo, en los procesos evolutivos y por tanto en el cambio, puede cooperar eficazmente con otras disciplinas en la búsqueda de soluciones inmediatas a las crisis ecológica.

Parece claro que problemas ambientales de primer orden como el calentamiento global no pueden tener un diagnóstico claro, y por tanto soluciones adecuadas, si no se analizan series cronológicamente largas de temperaturas y precipitaciones. La propia dinámica de los ecosistemas no puede entenderse al margen de su evolución histórica. En ese sentido, la historia puede constituir una herramienta utilísima para el diagnóstico correcto del estado de un determinado ecosistema. La fijación en el tiempo de los cambios antrópicos más decisivos y la búsqueda de factores de diversa índole que los expliquen, puede contribuir a un diagnóstico correcto de las patologías ambientales y a la búsqueda de soluciones eficientes. Esta idea de un conocimiento aplicado, lejos de una historia más literaria, aboca necesariamente a la rotura de la parcelación del conocimiento y a la transdisciplinariedad. Es una de las posibilidades más claras de producir conocimientos útiles, que tengan un alto nivel de eficiencia social. Los historiadores deben perder el miedo al contacto con otros científicos y con sus instrumentales, sin encerrarse en la seguridad que da un saber acotado, con instrumentos propios, muchas veces fabricados para dotar a la disciplina de un *status* diferenciado. La construcción de un nuevo metarrelato que oriente a la sociedad por el camino de la sustentabilidad es hoy una tarea prioritaria, de primer orden, que vincula de nuevo a la historia y a los historiadores con la sociedad que le da sentido y le otorga su reconocimiento.